

mas interes que la vez primera. Llegó, por fin, el terrible momento en que habiendo huido Isabela de manos de las mujeres que intentan impedir su muerte, se hiere, y rie de sus vanos esfuerzos. Aquel reir de la desesperacion es el efecto mas difícil, y mas admirable que puede producir el arte dramático; enternece mucho mas que las lágrimas, y la ironía amarga de la desgracia es su mas horrorosa expresion. ¡Cuán terrible es el dolor del alma cuando inspira tan bárbaro regocijo, cuando da al aspecto de la propia sangre el contento feroz de un salvaje enemigo al satisfacer su vengaza!

Entónces se enterneció tanto Lucila que su madre se sobresaltó, y la vieron volverse con inquietud hácia ella : levantóse Osvaldo como para socorrerla ; pero al punto se volvió á sentar. Corina sintió algun placer de aquel segundo movimiento ; pero dijo para sí suspirando : — Lucila, mi hermana, á quien tanto amaba otro tiempo, es jóven y tierna : ¿debo privarla de una fortuna, de que pudiera disfrutar sin obstáculo, y sin que su amado le hiciese ningun sacrificio? — Concluida la pieza, quiso Corina dejar salir á todos ántes de irse, por no ser conocida, y se puso detras de la puerta de su aposento, desde donde podia descubrir cuanto pasaba en el corredor. En el instante de salir Lucila, se juntó la gente para verla, y por todas partes se oian aplausos de su encantadora figura. Turbábase mas y mas Lucila : y lady Edgermond delicada y enferma,

apénas podia romper el tropel, á pesar del cuidado de su hija, y de las atenciones que las mostraban; pero no conocian á nadie, y ningun hombre se atrevia á acercarse. Viéndolas lord Nelvil en aquella situacion corrió á encontrarlas, presentó á lady Edgermond un brazo, y el otro á Lucila, quien le tomó tímidamente bajando la cabeza, y llenándose de rubor. De esta manera pasaron delante de Corina; no pensaba Osvaldo que su pobre amiga presenciase un espectáculo tan doloroso para su corazon, porque daba indicios de alguna vanidad por llevar de aquel modo á la criatura mas hermosa de Inglaterra en medio de los innumerables admiradores que la seguian.

---

## CAPITULO V

Volvió Corina cruelmente turbada á su casa, sin saber qué determinacion tomar, cómo participaria á lord Nelvil su llegada, ni qué decirle para fundarla; á cada instante iba perdiendo mas su confianza en el cariño de su amigo, y á veces se le antojaba que veria en él á un extranjero sumamente



querido, pero que ya no la podría conocer. Envío al otro dia por la noche á casa de lord Nelvil, y supo estaba en la de lady Edgermond; la misma respuesta le dieron al dia siguiente, añadiendo que lady Edgermond se hallaba indispuesta, y partiría para su hacienda apénas estuviere buena. Este momento aguardaba Corina para hacer saber á lord Nelvil que residia en Inglaterra; pero salia todas las noches, pasaba por delante de la casa de lady Edgermond, y veia parado allí el coche de Osvaldo. Oprimíala un terrible agobio de corazon; y volvía á su casa, y al dia inmediato empezaba otra vez el mismo camino para sentir el mismo dolor. Sin embargo, Corina no tenia razon de persuadirse que Osvaldo iba á casa de lady Edgermond con intencion de dar la mano á su hija.

El mismo dia del teatro le habia dicho lady Edgermond, cuando la acompañaba á su coche, que la herencia del pariente de su marido, muerto en la India, tocaba tanto á Corina como á su hija, pidiéndole pasase por su casa para hacerse cargo de noticiar á Italia las disposiciones que trataba de tomar sobre aquel punto. Prometi6 Osvaldo ir, y parecióle que en aquel instante temblaba la mano de Lucila. El silencio de Corina podia darle á entender que ya no le amaba, y la conmocion de aquella niña debia darle idea de que en su interior se interesaba por él. No tenia, empero, intencion de faltar á la promesa que hizo á Corina; y el anillo que tenia en su poder

era prenda segura de que nunca seria esposo de otra, sin su consentimiento. Volvió al dia siguiente á casa de lady Edgermond para cuidar de los intereses de Corina; pero lady Edgermond se hallaba tan enferma, y tan inquieta su hija de hallarse en L6ndres sin ningun pariente, estando ausente milord Edgermond, y sin saber siquiera de qué médico valerse, que Osvaldo juzgó obligacion suya, respecto de la amiga de su padre, emplearse en cuidarla con el mayor esmero.

Lady Edgermond, por naturaleza rígida y altiva, solo se suavizaba para lord Nelvil: dejábale venir á su casa todos los dias, sin pronunciar una palabra capaz de dar á entender intencion de unirse con su hija. El nombre y la beldad de Lucila la hacian uno de los partidos mas sobresalientes de Inglaterra, y desde que se mostró en el teatro, y sabian su mansion en L6ndres, no cesaron de visitarla los señores mas principales. Lady Edgermond rehusaba recibir á alguno, y nunca salia ni admitia mas que á Osvaldo. ¿Cómo no le habia de lisonjear una distincion tan fina? Aquella generosidad callada que fiaba en él, sin exigir cosa alguna, sin dar la mas leve queja, le causaba mucha sensacion, y no obstante, cada vez que iba á casa de lady Edgermond, temia interpretase su presencia como una promesa. Hubiérase retirado luego que no hubiese tenido por motivo de sus visitas los intereses de Corina, si lady Edgermond recobrara su salud; pero cuando la creian aliviada,



recayó con mas peligro que la primera vez, y si muriera entónces, no habria tenido Lucila mas apoyo que Osvaldo en Lóndres, pues su madre con nadie trataba.

No pronunció jamas Lucila siquiera una palabra, por la cual presumiera lord Nelvil que le preferia; mas á veces podia sospecharlo por una mudanza ligera y repentina en el color de su tez, por sus ojos inclinados al suelo con demasiada presteza, por una respiracion mas viva; en fin, estudiaba el corazon de aquella niña con un interes curioso y tierno, y su perfecto recato le dejaba siempre vacilante é incierto acerca de sus sentimientos. El mas alto grado de la pasion y de la elocuencia que inspira, no bastan para la fantasia; siempre anhela algos mas, y si no puede conseguirlo, se entibia y se cansa, miéntras el escaso resplandor que traslucimos por entre las nubes, suspende largo tiempo la curiosidad, y promete en lo venidero nuevos sentimientos y nuevos placeres. Esta expectativa se frustra, no obstante y cuando al fin se hace patente todo lo que encubre el atractivo del silencio y de la inocencia, pierde tambien el misterio su encanto, y torna á sernos amable el abandono y el movimiento de un carácter vivo. ¡Ay! ¿cómo podrán prolongarse aquel hechizo del corazon, aquellas delicias del alma, que la confianza y la duda, la felicidad y la desgracia, disipan con el tiempo igualmente? ¡tan ajenos son de nuestro destino los deleites celestiales! Quizá cruzan nuestro

corazon solo para hacernos acordar de nuestro origen y de nuestra esperanza.

Hallándose algo restablecida lady [Edgermond, dispuso partir dentro de dos dias para Escocia, donde se proponia visitar la hacienda de lord Edgermond, inmediata á la de lord de Nelvil. Esperaba por tanto que se ofreceria á acompañarla, pues habia manifestado su intento de volver á Escocia [ántes que partiera su regimiento. Mas nada le dijo; miróle Lucila en el mismo instante, y sin embargo calló: entónces ella se levantó presurosa, y se acercó á un balcon; pocos momentos despues buscó lord Nelvil un pretexto para llegarse á ella, y le pareció tenia bañados los ojos de llanto; enternecióse y suspiró, y volviendo otra vez á su mente el olvido de que acusaba á su amiga, se preguntó á sí mismo, si aquella niña no era mas capaz que Corina de un cariño fiel.

Procuraba Osvaldo reparar el disgusto que causó á Lucila. ¡Da tanto placer alegrar un semblante todavía niño! No es la afliccion para aquellas fisonomías, en que ni la reflexion ha dejado aun huellas. El regimiento de lord Nelvil debia pasar revista al dia siguiente por la mañana en Hidepark: preguntó á lady Edgermond si queria ir en birlocho con su hija, y si le permitiria, despues de la revista, dar un paseo á caballo con Lucila, sin apartarse de su lado. Lucila habia dicho en una ocasion que deseaba mucho montar á caballo, miró á su madre con una



expresion siempre sumisa; pero en que podia, no obstante, advertirse el ansia de lograr sus consentimiento. Lady Edgermond calló un instante; y luego alargando á lord Nelvil su débil mano, que cada dia se enflaquecia mas, le dijo: — Si vos me lo pedis, milord, no tengo reparo. — Estas palabras hicieron tanta impresion en Osvaldo, que ya iba á renunciar á lo mismo que habia propuesto; pero de improviso cogió Lucila, con una vehemencia que todavía no habia nunca manifestado, la mano á su madre, besándosela en accion de gracias: y ya no tuvo lord Nelvil valor para privar de una diversion á aquella inocente criatura, siempre reducida á vivir triste y solitaria.

---

## CAPITULO VI

Quince dias hacia que Corina estaba sumida en la angustia mas cruel: todas las mañanas dudaba si escribiria á lord Nelvil para darle cuenta de su llegada, y todas las noches se renovaba el dolor incomparable de saber se hallaba en casa de Lucila. Lo que padecia por la noche le daba mas timidez para el dia siguiente; y se sonrojaba de decir á

quien ya acaso no le tenia amor la accion imprudente que cometió por él. — ¿Hanse borrado tal vez, decia frecuentemente, de su memoria todos los recuerdos de Italia? ¿No necesita ya encontrar en las mujeres un entendimiento superior, un corazon apasionado? Lo que ahora le agrada es la admirable belleza de diez y seis años, la expresion angelical de esa edad, esa alma tímida é inocente, dedicando al objeto de su eleccion los primeros sentimientos que jamas ha experimentado.

La imaginacion de Corina le representaba con tanta viveza las perfecciones de su hermana, que casi le daba rubor luchar con semejantes gracias. Parecíale que el mismo talento era un ardid, el ingenio una tiranía, y la pasion una violencia, á par de aquella inocencia desarmada: y aunque Corina no llegaba á veinte y ocho años, presentia ya aquella época de la vida en que las mujeres desconfian con tanto dolor de su poder de agradar. En fin, los celos y altivez tímida guerreaban en su corazon; y dilatada de dia en dia el momento tan temido y tan deseado de ver otra vez á Osvaldo. Supo que su regimiento pasaba revista al dia inmediato en Hidedpark, y resolvió concurrir á ella, discurriendo que tal vez estaria allí Lucila, y fiándose en sus propios ojos para juzgar de los sentimientos de Osvaldo. Al pronto pensó ataviarse con esmero y presentarse de repente á él; pero luego que empezó á vestirse, su negro cabello, su tez algo tomada del



sol de Italia, sus facciones vigorosas, de cuya expresion no podia formar juicio mirándose, la hicieron desconfiar de sus atractivos. Siempre veia en su espejo el semblante aéreo de su hermana, y desechando todos los adornos que se habia probado, se puso un vestido negro á la veneciana, cubrióse el rostro y el cuerpo con un manto, cual le llevan en aquel país, y entróse en un coche.

Apénas hubo llegado á Hidepark, vió á Osvaldo al frente de su regimiento. Presentaba con su uniforme la figura mas bella y majestuosa, y manejaba su caballo con suma gracia y habilidad. La música resonaba á un mismo tiempo con pompa y dulzura, aconsejando noblemente sacrificar la vida : uaa multitud de hombres vestidos con elegancia y sin afectacion, y de mujeres modestas y hermosas, llevaban estampados en su semblante, ellos el carácter de las virtudes varoniles, y ellas de las virtudes tímidas; miéntras los soldados de Osvaldo le miraban llenos de confianza y de afecto. Tocaron la famosa sonata *Dios salve al rey*, que tan hondamente penetra en todos los corazones ingleses. Y Corina exclamó : — ¡ Ah ! tierra respetable que debiste ser patria mia ; ¿ por qué te abandoné ? ¿ qué valia mas ó ménos gloria personal, en medio de tantas virtudes ; ni qué gloria era comparable, ó Nelvil, á la de ser digna esposa tuya ?

Los instrumentos militares resonaron de nuevo, y representaron á Corina los peligros que Osvaldo

iba á arrostrar. Miróle largo rato, sin que él lo advirtiese, y decia entre sí, con los ojos llenos de lágrimas : — ¡ Viva, aunque no sea para mí ! ¡ Dios mio ! á él es á quien debes conservar. — En aquel instante, llegó el birlocho de lady Edgermond ; y lord Nelvil la saludó con respeto: bajando la punta de su espada : pasó y repasó muchas veces el birlocho ; todos los que veian á Lucila, la admiraban ; y Osvaldo la contemplaba de un modo que traspasaba el corazon de Corina. ¡ Ah ! la infeliz conocia aquellas miradas ; mil veces se habian vuelto á ella.

Los caballos, prestados por lord Nelvil á Lucila, recorrian con la velocidad mas airosa las alamedas de Hidepark, en tanto que el coche de Corina caminaba paso á paso, casi como unas exequias fúnebres, detras de los rápidos bridones, y de su estruendo tumultuoso. — ¡ Ah ! pensaba Corina, no iba yo de esta manera al Capitolio cuando le encontré la primera vez ; él me ha precipitado del carro triunfal al abismo de los dolores. Amole, y se han ajado todos los presentes de la naturaleza ; ámole, y han desaparecido todos los contentos de la vida. ¡ Perdonadle, Dios mio ! cuando deje de existir. — Pasó Osvaldo á caballo por junto al coche de Corina ; y la forma italiana del vestido negro que la cubria, le llamó mucho la atencion. Detúvose, dió vuelta al coche, volvió atras para examinarle de nuevo, y procuró descubrir quién era la mujer que en él se ocultaba. Durante aquel tiempo palpité el corazon de Corina



con suma violencia, y su mayor temor era desmayarse, y verse descubierta; mas resistió á su conmocion, y lord Nelvil se distrajo de la idea que le ocupó al pronto. Acabada la revista, por no llamar otra vez la atencion de Osvaldo, se apeó Corina, miéntras no podia verla, y se puso detras de los árboles y de la gente, de modo que no la descubriera. Entónces se acercó Osvaldo al birlocho de lady Edgermond, con el sombrero en la mano, y con una expresion tan respetuosa, que Corina descubria ya demasiado en el afecto á la madre, la inclinacion que inspiraba la hija.

Apeóse Lucila, con un vestido de montar, ostentando de un modo precioso la elegancia de su talle; cubria su cabeza un sombrerillo negro, adornado de blancas plumas, y sus hermosos cabellos rubios, ligeros como el aire, caian graciosamente sobre su rostro encantador. Bajó Osvaldo la mano de manera que Lucila pusiese el pié encima para saltar á caballo: ella esperaba este servicio de un criado, y se cubrió de rubor al recibirle de lord Nelvil; pero él insistió, y por fin Lucila puso sobre aquella mano un pié lindísimo, y saltó á caballo con tanta presteza, que todos sus movimientos excitaban la idea de una de las sílfides que nos representa la imaginacion con tan delicados colores. Partió á galope; y Osvaldo en pos de ella, sin perderla de vista: tropezó su caballo una vez; al instante le paró lord Nelvil, registró la brida y el freno con amable afan:

otra vez pensó que se desbocaba, y se volvió pálido como la muerte, y apretando un propio caballo con ardor increíble, alcanzó en un segundo al de Lucila, se apeó, y se precipitó delante de ella. No pudiendo Lucila contener su caballo, temblaba de atropellar á Osvaldo; pero con una mano tomó la brida, y con la otra sostuvo á Lucila, que al saltar se apoyó ligeramente en él.

¿Qué mas necesitaba Corina para convencerse de la pasion de Osvaldo á Lucila? ¿no veia todas las muestras de interes que en otro tiempo le prodigaba él mismo? y aun; no pensaba descubrir, para eterna desesperacion suya, en las miradas de lord Nelvil mas timidez y mas respeto que le mostraba á ella en los dias de su amor? Dos veces se sacó del dedo el anillo; iba á romper por medio del tropel para arrojarle á los piés de Osvaldo; y la esperanza de morir al instante la animaba en su resolucion. Pero; cuál es la mujer, aunque haya nacido bajo el sol del mediodía, capaz de llamar, sin temor, hácia sus sentimientos la atencion de la muchedumbre? Presto se estremeció Corina del pensamiento de mostrarse á lord Nelvil en aquel punto, y se salió de en medio del gentío para volver á su coche. Al cruzar una alameda solitaria, volvió Osvaldo á ver de léjos aquella figura negra que habia excitado su curiosidad, y esta vez le causó todavía mas viva sensacion; mas atribuyó aquel impulso al remordimiento de haber sido la primera vez infiel



dentro de su corazón á la imágen de Corina; y volviendo á su casa, resolvió al instante partir á Escocia, pues su regimiento no debia embarcarse tan presto.

---

## CAPITULO VII

Corina volvió á su aposento tan abatida del dolor, que turbaba su razon, y desde aquel dia se debilitaron para siempre sus fuerzas. Resolvió escribir á lord Nelvil haciéndole saber su venida á Inglaterra y cuanto habia padecido desde que llegó á este país. Empezó al pronto llenando su carta de amargas quejas, y la rompió. — ¡Qué significan las quejas en el amor! exclamaba: ¿seria esta pasion la mas íntima, la mas pura, la mas generosa de las pasiones, si no fuera del todo involuntaria? ¿Qué lograré, pues, con mis quejas? Otra voz, otros ojos tienen el secreto de su alma: ¿qué resta ya? — Y empezó de nuevo la carta, queriendo pintar la falta de variedad que lord Nelvil podria hallar en su union con Lucila: intentaba probarle que sin armonia perfecta del alma y del entendimiento, no era duradera ninguna felicidad de amor; y luego rom-

pió aquella carta aun con mas ímpetu que la primera. — Si no sabe apreciarme, decia, ¿le enseñaré yo cuál es mi valor? ¿ni debo hablar así de mi hermana? ¿Es por ventura tan inferior á mí como procuro persuádmelo? y aun cuando lo fuese, ¿tócame á mí que como una madre la estreché siendo niña contra mi corazón, tócame decirlo? ¡Ah! no, la felicidad no ha de buscarse á cualquier precio, pasa esta vida de tantos deseos; y mucho ántes de morir, nos va separando de la existencia cierto sentimiento suave y melancólico.

Tomó otra vez la pluma, y habló puramente de su desgracia; pero conforme la iba explicando, sentia tanta lástima de sí misma, que cubria de lágrimas el papel. — No, exclamó de nuevo, no debe ir esta carta: si resiste á ella, le aborreceré; y si cede, ignoraré si hace un sacrificio, si tal vez conserva en su pecho la memoria de otra. Mejor es verle, hablarle, restituirle este anillo, prenda de sus promesas; y apresuróse á envolverle dentro de una carta que solo contenia estas palabras: *Sois libre*. Y guardando la carta en su seno, esperó la hora del anochecer para ir á casa de Osvaldo. Parecióle que en medio del dia se habria sonrojado delante de cuantos la miraran, y no obstante queria llegar ántes que lord Nelvil fuese, como acostumbraba, á casa de lady Edgermond. Salió, pues, á las seis; pero trémula como una esclava sentenciada. ¡Ah! perdida la confianza, ¡da tanto miedo el objeto de



nuestro amor ! Aquel que excita en nuestro corazon un cariño extremado debe ser siempre á nuestros ojos el protector mas seguro y dueño mas temible.

Mandó Corina parar su noche delante de la puerta de lord Nelvil, y preguntó al hombre que la abrió, con voz mal segura, si estaba en casa. *Señora*, le respondió, *hace media hora que partió milord para Escocia*. Esta nueva oprimió el corazon de Corina; temia ver á Osvaldo, y no obstante, su alma ansiaba inexplicable conmocion: habia hecho el esfuerzo, juzgábase proxima á oír su voz, y ahora era preciso tomar nueva determinacion para buscarle, esperar muchos dias, y condescender á una diligencia mas. Pero, á cualquier precio queria ya verle Corina; y al dia inmediato partió para Edimburgo.

---

### CAPITULO VIII

Antes de salir de Lóndres volvió lord Nelvil á casa de su banquero, y al saber que no habia llegado ninguna carta de Corina, se preguntó con amargura si debía sacrificar una felicidad doméstica, cierta y constante, por una persona que quizá le tenia

ya olvidado. Con todo, resolvió escribir otra vez á Italia, como lo habia hecho muchas en seis semanas, preguntándole el motivo de su silencio, y confirmarle de nuevo que mientras conservase su anillo, no seria jamas esposo de otra. Hizo su viaje en una situacion muy molesta: amaba, casi sin conocerla, á Lucila, pues no la habia oido veinte palabras; pero se acordaba con dolor de Corina y sentia las circunstancias que los separaban: ora le vencia el tímido atractivo de una, y ora se le representaba la brillante gracia de la otra, y su sublime elocuencia. Si supiera en aquel momento que Corina le amaba cual nunca, y lo habia abandonado todo por ir en pos de él, jamas habria vuelto á ver á Lucila, pero creíase olvidado; y reflexionando acerca del carácter de Lucila y de Corina, decia para sí que una apariencia fria y reservada encubria tal vez los sentimientos mas profundos; ¡ay! ¡se engañaba! las almas tiernas se descubren de mil maneras, y sin duda es débil lo que siempre se reprime.

Una circunstancia aumentó mas y mas el interes que Lucila inspiraba á lord Nelvil. Cuando volvia de su hacienda, pasó tan inmediato á la de lady Edgermond, que le llevó á ella la curiosidad. Hizose abrir el gabinete donde Lucila solia hacer labor, y encontróle lleno de memorias del tiempo que el padre de Osvaldo pasó allí con Lucila, mientras su hijo se hallaba en Francia. Háiale ella alzado un pedestal de mármol en el mismo sitio donde pocos meses án-



tes de morir le daba lecciones, y en el pedestal estaba grabado: *A la memoria de mi segundo padre.* En fin habia un libro encima de la mesa. Le abrió Osvaldo, y conoció los pensamientos de su padre, y escritas de su propia mano en la primera página las palabras siguientes: *A la que me consoló en mis penas, al alma mas pura, á la mujer angelical que será la gloria y la felicidad de su esposo.* ¡ Con cuanta alteracion leyó Osvaldo estas líneas en que se expresaba con tanta viveza la opinion del que veneraba! Pensó ver en aquel silencio la delicadeza mas singular, el temor de violentar su eleccion con la idea de un deber: por fin le hirieron estas palabras: ¡ *A la que me consoló!* — Lucila es, pues, exclamó, Lucila es quien suavizaba el mal que yo hacia á mi padre, y ¡ la abandonaria, cuando casi espira su madre, cuando no tendrá mas consolador que yo! Corina, vos tan brillante, tan estimada, ¿ necesitais, como Lucila, de un amigo fiel y sincero? — No era ya brillante, no era estimada, aquella Corina que vagaba de posada en posada, sin ver siquiera al hombre por quien todo lo habia dejado, ni tener esfuerzo para alejarse de él. Cayó enferma en una reducida ciudad á la mitad del camino de Edimburgo, y no pudo, á pesar de sus esfuerzos, ir adelante. Muchas veces pasaba las largas noches de su dolor pensando que si muriese en aquel sitio, solo Teresina supiera su nombre, y le habria escrito sobre su sepulcro. ¡ Qué mudanza,

qué suerte para una mujer que no podia dar un paso en Italia sin ver arrojarse en pos de ella el tropel de los aplausos! Y ¿ así ha de despojar toda la vida un solo cariño? En fin, despues de ocho dias de angustias inexplicables, volvió á emprender su triste camino, porque si bien tenia por término la esperanza de ver á Osvaldo, se confundian con esta ardiente expectativa tantos sentimientos dolorosos, que no causaba á su corazon mas que un molesto cuidado. Antes de llegar á la morada de lord Nelvil, deseó Corina pararse algunas horas en la hacienda de su padre, poco distante donde lord Edgermond mandó colocar su sepulcro: desde entónces no le habia visto, ni nunca habia pasado en aquella hacienda mas que un mes, sola con su padre. Esta era la época mas feliz de su mansion en Inglaterra; y aquellas memorias le harian preciso ver de nuevo su habitacion, no discurriendo que lady Edgermond se hallase ya en ella.

A pocas millas del castillo, vió Corina un coche volcado en medio del camino: mandó parar el suyo, y miró salir del que estaba hecho pedazos á un anciano en extremo sobresaltado de la caída. Acudió Corina á darle favor, y le ofreció llevarle hasta la ciudad inmediata: aceptó él agradecido, y dijo se llamaba Dickson. Corina se acordó de aquel nombre por haberle oido muchas veces á lord Nelvil; y dirigió la conversacion de forma que el buen anciano hablase del único objeto interesante para ella en la



vida. Mr. Dickson era sumamente aficionado á hablar; y no presumiendo que Corina, cuyo nombre ignoraba, y á quien tenia por Inglesa, se interesase de un modo especial en sus preguntas, comenzó á decir cuanto sabia del modo mas circunstanciado; y como deseaba dar gusto á Corina, cuyos favores excitaron su gratitud, fué indiscreto por divertirla.

Contóle como habia hecho saber á lord Nelvil que su padre se opuso anticipadamente al enlace que ahora queria contraer, y extractó la carta que le entregó, repitiendo muchas veces aquella palabra mortal para el corazon de Corina: *Su padre le prohibió ser esposo de esa Italiana; y si desatendiese á su voluntad, ofenderia su memoria.*

Mr. Dickson no se redujo á estas crueles palabras; afirmó ademas que Osvaldo amaba á Lucila, y Lucila le correspondia, añadiendo que lady Edgermond ansiaba aquella union, á la cual no se prestaba lord Nelvil por cierto compromiso en Italia. — ¡Cómo! dijo Corina, procurando ocultar la terrible turbacion de su alma, ¿presumis que únicamente por ese compromiso no es lord Nelvil esposo de miss Lucila Edgermond! — Estoy muy cierto, replicó Mr. Dickson, regocijándose de oír nuevas preguntas; hace tres dias vi á lord Nelvil, y aunque no me manifestó cuáles eran sus vínculos en Italia, me dijo estas mismas palabras, que yo he escrito á lady Edgermond: *Si fuese libre, daria mi mano á Lucila.* — ¡Si fuese libre! repitió Corina. —

Y en aquel momento se paró el coche delante de la puerta de la posada donde llevaba á Mr. Dickson. Quiso él darle gracias, y preguntarle dónde podria verla otra vez; mas Corina ya no le escuchaba: apretóle la mano sin acertar á responderle; y se ausentó sin decir una palabra. Era tarde; no obstante, quiso volver al sitio donde reposaban las cenizas de su padre: la turbacion de su ánimo le hacia mas precisa que nunca aquella sagrada peregrinacion.

---

## CAPITULO IX

Ya estaba dos dias lady Edgermond en el palacio, y aquella misma noche tenia un gran baile en su casa: habianla suplicado todos sus vecinos, y todos sus vasallos, les permitiese reunirse para celebrar su llegada; y Lucila tambien lo habia deseado, quizá esperando que asistiese Osvaldo; en efecto, se hallaba ya allí cuando llegó Corina. Vió en la avenida muchos coches, y mandó parar algunos pasos ántes de entrar en ella el suyo; apeóse, y reconoció la mansion donde su padre le habia mostrado el mas tierno cariño. ¡Qué diferentes eran